

—Hallarás de todo en el escritorio.

Sentóse Masko y se puso á escribir. Cuando hubo concluido, entregó el papel á Polaniecki, y éste leyó lo que sigue:

«Declaro que cuando insulté al señor Masko me hallaba en completo estado de embriaguez. Hallándome de nuevo en estado de poder raciocinar, reconozco, en presencia de mis padrinos y de los del señor Masko, como también ante todas las personas que presenciaron la escena, que obré como un miserable y como un insensato, y humildemente me recomiendo á la generosidad del señor Masko, pidiéndole que me perdone. Confieso además francamente que la conducta del señor Masko para conmigo fué la de un hombre educado y noble.»

—Esta declaración la tiene que leer en alta voz y la tiene de firmar,—dijo Masko.

—No habrá quien quiera firmar una declaración semejante,—observó Polaniecki.

—¿No sabes quizás las graves consecuencias que tendrá para mí esta cuestión? Yo las sé, y no te digo sino que las Kraslavski retirarán su palabra, y que yo me quedaré compuesto y sin novia, ni más ni menos.

—¡Diantre!

—¿No comprendes que yo tengo que desahogar mi cólera sobre alguien, y que Gatoski tendrá que expiar de un modo ú otro, mi afrenta.

—A mí me tiene sin cuidado,—dijo Polaniecki encogiéndose de hombros.

—Kreszovski estará aquí mañana á las nueve,

—Está bien.

—Pues hasta la vista. Si ves á Plavicki, puedes decirle que la señorita Ploszovski, aquella pariente de quien espera heredar, ha muerto en Roma. Su testamento se halla en poder del notario Rozvadi y se abrirá mañana.

—Ya lo sabe.

Cuando quedó solo, Polaniecki pensó involuntariamente en Litka en la señora Emilia y en Marina, y no pudo menos de reconocer la inmensa diferencia que existía entre aquellas nobles y puras criaturas y los hombres continuamente agitados y luchando continuamente que agotan sus propias fuerzas para alcanzar un objeto preferente, el poder ó la riqueza. Si Polaniecki hubiera estado versado en las Sagradas Escrituras de seguro se habría repetido las palabras de Jesús á Marta: «María ha escogido la parte mejor.»

XXIV

Al día siguiente, Kreszovski se hizo esperar más de una hora. Pertenece á esa clase de gente que desgastan las piedras de las calles con la suela de sus zapatos, es decir que no hace nada. Su nombre era bastante conocido. A pesar de que se había comido toda su gran hacienda, era sin embargo bien acogido por todas partes. El elemento financiero le invitaba á sus banquetes, á sus cenas, á sus bautizos y hasta á sus bodas, porque como tenía aire distinguido y tipo de polaco, servía como de ornamento en las mesas. Tenía un carácter irritable, pero al mismo tiempo poseía una buena dosis de

humorismo y sabía encontrar el lado ridículo de las cosas. En este punto no tenía miramientos con nadie, ni consigo mismo.

En cuanto llegó á casa de Polaniecki, trató de excusarse por su retraso; más éste le interrumpió diciéndole.

—Hablemos si le parece á usted del asunto de Masko.

—Está bien. Masko me ha mandado una declaración escrita, para que se la hagamos suscribir á Gatoski. Como no es posible que éste consienta en firmar una cosa semejante creo inevitable el duelo.

—Gatoski hará lo que le aconseje el señor Jamiz, hombre partidario de la paz, que de seguro le habrá aconsejado que se someta á todas las condiciones y...

—Y Gatoski es el verdadero tipo del badulaque, —concluyó Kreszovski.—Vamos pues, porque es tarde ya.

Pocos minutos después su trineo se detuvo frente á la fonda Saski. Aguardábales el señor Yamiz, que les recibió en traje de casa, por hallarse algo indispuerto.

—Tenga usted la bondad de tomar asiento. Llegué hace tres días y me alegro de no haber partido, porque tal vez lograré evitar un duelo que podría tener fatales consecuencias.

Luego, volviéndose á Polaniecki continuó:

—¿Cómo sigue la familia Plavicki? No he estado todavía en su casa, á pesar de que tengo muchas ganas de volver á ver á mi querida Marina.

—La señorita Marina, está bien,—respondió Polaniecki.

—Hace pocos días murió una parienta suya muy rica, de quien el señor Plavicki esperaba heredar, pero he oído decir que esa señora ha dispuesto de todos sus bienes para fines benéficos.

—Probablemente habrá dejado algo á Marina. Pero volvamos al asunto que nos ha traído aquí. No necesito asegurarnos que nuestro más vivo deseo es el de que todo se arregle á entera satisfacción de ambas partes.

—Reconozco,—respondió el señor Yamiz,—que Gatoski no se ha portado como debía con el señor Masko, y es justo y lógico que sufra las consecuencias; y por lo tanto, estoy dispuesto á dar al señor Masko las debidas satisfacciones.

Kerszovski se sacó un papel del bolsillo y sonriéndose lo entregó al señor Yamiz diciendo:

—El señor Masko exige que el señor Gatoski lea esta declaración en presencia de los cuatro padrinos y de las demás personas que fueron testigos del suceso, y que luego ponga su firma al pié de dicho documento.

El señor Jamiz se puso los anteojos y empezó á leer. A medida que iba avanzando en la lectura, cambiaba la expresión de su semblante; primero se puso colorado, y al fin reveló una expresión de cólera y de desdén. Terminada la lectura volvióse á los dos padrinos, y dijo con alterada voz.

—Señores, mi primo obró como atolondrado y hasta como un loco; pero es un caballero y de consiguiente, ved ahí lo que contesto en su nombre al señor Masko.

Esto diciendo rompió en mil pedazos el papel y lo arrojó al suelo.

Kreszovski no se esperaba esto, y por lo tanto su rostro tomó de pronto una expresión dura y ofensiva; más Polaniecki á quien no desagradó el arranque del señor Jamiz, dijo:

—Señor consejero, nuestro patrocinado recibió una ofensa muy grave, y es menester que la reparación sea adecuada. Al traerle á usted esa declaración nos esperábamos una respuesta como la que acaba usted de darnos, y esto no hace sino aumentar el aprecio que usted nos inspira.

El anciano que padecía algo de asma, se dejó caer sobre una silla respirando con cierta dificultad. Cuando se hubo calmado contestó:

—Os habría ofrecido una satisfacción por parte de Gatovski, pero redactado, naturalmente bajo una forma muy distinta. Veo, sin embargo, que es inútil que perdamos el tiempo, y que ahora es necesario resolver la cuestión con las armas. El señor Vílkovski, que es el otro padrino estará aquí dentro de poco, y si tiene usted la bondad de aguardar un momento, fijaremos las condiciones del duelo.

A mediodía estaba terminado todo, y Polaniecki se fué á comer al restaurant á donde acostumbraba ir, esperando encontrar allí á Masko. Pero la primera persona que se le presentó á la vista fué el señor Plavicki, atildado y elegante como siempre, pero con el semblante ceñudo y malhumorado.

—¿Que le ha pasado á usted?—le preguntó Polaniecki.

—He tenido un disgusto muy serio, y no he querido ir á comer en casa para no afligir á Marina. Por lo demás, yo me contento con poco: me basta

con una ala de pollo, y una cucharada de composta. Sentáos á mi lado.

—¿Pero, que le ha pasado?—le volvió á preguntar Polaniecki.

—Perdiéronse ya las viejas tradiciones: esto es lo que ha sucedido.

—¡Bah! esto no es una gran desgracia para usted.

Plavicki le miró, y dijo con voz sorda.

—Hoy se ha abierto el testamento.

—Y qué.

—Y la gente dice que ha favorecido hasta á los parientes más lejanos. ¿Sabe usted lo que le ha dejado á Marina? Un legado vitalicio de cuatrocientos rublos. A los criados les ha dejado más.

—¿Y á usted?

—Ni un céntimo. Las viejas tradiciones han pasado ya de moda... ¡Cuántos había que se hacían ricos por medio de una herencia! Pero entonces los parientes estaban ligados, no solo por el cariño sino hasta por las tradiciones y por la comunidad de intereses.

—Sin embargo, yo conozco á muchas personas que han obtenido grandes herencias.

—Lo creo. Pero desgraciadamente yo no soy del número de estos. No comprendo porque hayan de ser los otros los que tengan todas las fortunas. ¡Siempre seré únicamente yo el desgraciado!

Polaniecki, con ánimo de consolarle, observó:

—Esta señora murió en Roma y el testamento que se ha abierto lleva una fecha muy atrasada. Y he oído decir también, que antes de éste existía

otro ¿Quién sabe si en Roma no ha agregado algún codicilo, y quién sabe también si al mejor día vá usted á despertar millonario.

—Crees tú que pueda ser eso.

—¿Porqué nó? Nada tendría de extraño.

Plavicki echó una mirada en torno suyo para asegurarse de que estaban solo. Hizo atrás su silla y poniéndose una mano sobre el corazón exclamó:

—¡Ven acá querido joven!

Polaniecki se inclinó hacia Plavicki, quien le besó dos veces sucesivas, y continuó luego con acento conmovido:

—Me has vuelto á la vida, has reanimado mis fuerzas y mis esperanzas. Ahora puedo confesarte que una vez le escribí, sólo para recordarle que todavía estábamos vivos. El testamento pudo haber sido hecho antes de que yo escribiera esta carta, y de seguro que en Roma se habrá acordado de mí y de mi pobre hija. ¿Crees tú de veras, que esto pueda ser? ¡Dios te bendiga!

Plavicki estaba radiante de satisfacción: apoyó las manos en las rodillas de Polaniecki, y repuso:

—¿Quieres que bebamos una botella á la salud del codicilo?

—No puedo,—contestó Polaniecki sintiendo haber hecho concebir al viejo una esperanza tan loca.

—¡No has de poder!

—Le aseguro á usted que no, tengo mucho que hacer, y no quisiera atrapar mi dolor de cabeza bebiendo á hora intempestiva.

—Testarudo. Tendré que beber yo media botella solo.

Pidió el vino y repuso:

—¿Pero que tienes que hacer, que no quieres beber conmigo?

—Tengo que arreglar ciertos asuntos que por cierto están muy embrollados, y en cuanto haya comido iré á ver al profesor Vascovski.

—¿Que clase de tipo es ese Vascovski?

—Es un hombre que dá todo lo que tiene á los pobres.

—¿Se lo dá todo á los pobres? Ya, pero frecuenta los mejores restaurants. Yo adoro á los filántropos y si tuviera dinero haría lo mismo.

—Ha estado por mucho tiempo enfermo. Y el médico le ha ordenado que se cuide bien. Esto no quita que procure gastar lo menos posible para su sustento. Vive en un camaranchón obscuro y reducido, y vive allí en compañía de sus pajaritos. Al lado de la suya hay dos grandes habitaciones, y ¿sabéis para que le sirven? para dar asilo á los niños pobres que encuentra abandonados por la calle.

—Se me figura,—dijo el viejo tocándose la frente con la mano;—que le debe faltar algo aquí dentro.

Polaniecki no encontró á Vascovski en casa, y después de haber ido en busca de Masko, á esto de las cinco volvió á casa Marina. Sentía que le remordía la conciencia por lo que había dicho á Plavicki.

—Ya, se decía á sí mismo,—le he metido en la cabeza la necia esperanza de ese codicilo. Empezará á contraer deudas mientras espera que llegue la

herencia, y acabará por comerse lo poco que tiene. De consiguiente, tengo que disuadirle.

Marina se disponía á salir, para ir á casa de la señora Bigiel; pero le pidió que se quedara un rato.

—La felicito á usted por la herencia,—dijo Polaniecki.

—Estoy contenta de tener una herencia positiva,—contestó ella.—En nuestra actual situación esto tiene mucha importancia. Confieso que desearía ser rica, muy rica...

—¿Por qué?

—¿No se acuerda usted que una vez me dijo usted que su mayor deseo habría sido el de tener un capital suficiente para fundar un establecimiento y para poder abandonar sus negocios actuales? Ahora quisiera tener mucho dinero, mucho.

Temiendo haber dicho demasiado, y haberse hecho traición á sí misma, se puso colorada como una amapola y bajó la cabeza, haciendo como que se arreglaba los pliegues de la falda.

—He venido para pedirle á usted que me dispense por una locura que he cometido,—dijo Polaniecki.—Hoy, durante la comida, he hecho concebir á su padre de usted la esperanza de que la señorita Plasзовski podía tal vez haber cambiado su testamento en favor de él. Esto lo dije en broma, pero con gran sorpresa mía, su padre de usted lo ha tomado en serio. Yo no debo dejarle con esta ilusión, y por lo tanto, si usted me lo permite, entraré por un momento en su cuarto para tener una explicación con él.

Marina se sonrió.

—Ya le he desilusionado yo, y por cierto que esto me ha valido una solemne reprimenda. Como usted ha sido la causa de esto, es preciso que me pida usted perdón.

—Esto es lo que precisamente le pido.

Y apoderándose de las manos de la niña las cubrió de besos.

Marina le dejó hacer, mientras que con tono burlesco, por más que en el fondo estaba vivamente emocionada le decía:

—Es usted muy malo señor Stach, muy malo.

Aquella noche, Polaniecki, mientras se disponía á acostarse se repetía á sí misma con profunda convicción.

—Es hora ya de que tome una resolución.

XXV

Kreszovski y el médico ocupaban un carruaje, teniendo al lado, sobre las almohadas la caja de las pistolas. Polaniecki y Masko ocupaban otro. Dirigíanse á Bielavi.

El día era frío y la niebla baja se extendía por todos lados, dejando entrever el sol que la daba un color rosa claro. La nieve helada crujía bajo las ruedas y bajo los cascos de los caballos, cubiertos de una blanca escarcha. De los árboles colgaban gruesos témpanos de nieve.

—Hace un frío terrible,—decía Masko;—los dedos se van á helar al ponerse en contacto con el gatillo de las pistolas.

—No será muy agradable tener que quitarse el abrigo,—dijo Polaniecki.

Masko se quitó los anteojos y, mientras los limpiaba, observó:

—Antes que llegemos, el sol habrá despejado completamente la niebla y nos cegará el reflejo de la nieve.

—¿Sabes lo que en este momento me preocupa? Que en este mundo hay un factor, con el cual nadie cuenta, pero que á veces es de una importancia capital: la estupidez de los hombres. Supongamos por un instante que yo tenga mil veces más de talento del que verdaderamente tengo; supongamos que ya no soy Masko, sino que soy un gran hombre político, un Bismarck, un Cavour que para lograr un objeto determinado haya reunido todas las fuerzas de mi ingenio, y que haya formado mi plan sin olvidar nada, absolutamente nada. De repente viene una bestia cualquiera, cuyas intenciones ni remotamente se habían podido prever, y lo echa todo á rodar. La cosa reclama la venganza; más eso no quita que la bestia haya inutilizado el trabajo de toda una vida.

Entre tanto habían llegado á la localidad elegida para verificar el duelo. Casi al mismo tiempo que ellos, llegaba el coche que conducía al señor Jamiz y á Vilkovski. Toda la comitiva, compuesta de siete personajes, incluso el médico, se internó en el bosque.

El señor Jamiz se acercó á Polaniecki y le preguntó:

—¿Estamos muy distantes del sitio donde ha de tener lugar la cosa?

—Dentro de algunos momentos estaremos allá.

Después de estas palabras, siguieron avanzando todos en silencio.

El sol se levantaba por encima del bosque, y los árboles proyectaban una sombra parduzca sobre la nieve que caía lenta y silenciosa, formando agudos montículos debajo de los árboles. La paz y el silencio reinaban en aquellos parajes, y los hombres habían venido á interrumpirlos, para matarse friamente.

En el extremo opuesto del bosque, éste se dilataba y allí fué donde precisamente se detuvo la comitiva.

El señor Jamiz hizo una breve alocución sobre la gravedad de aquellos momentos, y sobre los deberes de los dos adversarios. Masko y Gatovski le escuchaban en silencio, con las manos en los bolsillos y la cabeza media oculta en el alzacuello de su abrigo. Luego mientras Kreszovski cargaba las pistolas, los dos adversarios se quitaron las pelli- zas, y se colocaron uno frente al otro. Gatovski respiraba fatigosamente, tenía el rostro encendido y sus bigotes estaban ligeramente cristalizados por el hielo. Desprendíase de su aspecto que hacía poderosos esfuerzos para no arrojarse sobre su adversario y abrirle la cabeza con la culata de su pistola. Masko, que al principio no se había ocupado de Gatovski, le miraba ahora con una expresión de odio, cólera y desprecio: pero sabía dominarse mejor que Gatovski, y con su largo gabán, su alto sombrero y sus largos bigotes, tenía el aspecto de un comediante encargado de representar el papel de caballero.

—Matará al *osezno* como si fuera un perro rabioso,—pensó Polaniecki.

A la tercera vez resonaron á un mismo tiempo dos disparos. Luego Masko se volvió tranquilamente hacia Kreszovski y dijo tranquilamente.

—Hacedme el obsequio de cargar las pistolas. Más en aquel instante mismo, una gran mancha de sangre enrojeció la nieve á sus piés.

—Está usted herido,—le dijo el médico acercándose apresuradamente á él.

—Podrá sér... Hágame usted el obsequio de cargar.

No pudo continuar. Vaciló y habría caído en tierra si no hubiesen acudido á sostenerle. La bala de su adversario le había destrozado el hueso de la rodilla izquierda.

Había terminado el duelo. Gatovski permaneció por unos instantes inmóvil en su puesto, con mirada de toro furioso, sin comprender lo que había pasado. Después que se hubo practicado la primera cura á Masko, Gatovski se aproximó á él y le dijo:

—En este momento confieso que obré mal con usted, retiro todo cuanto puedo haberle dicho y le suplico que me perdone. Siento mucho que esté usted herido.

Luego, mientras se alejaba con sus padrinos, se le oyó que decía:

—Tan cierto como existe Dios, ha sido pura casualidad, porque yo quería disparar por encima de su cabeza.

Bigiel que había regresado de Prusia, donde había cerrado gran número de contratas, al enterarse de lo que había sucedido dijo:

—No cabe duda que Masko es un hombre inteligente, pero tiene como todos, un ramo de locura. Así por ejemplo, con el crédito que goza, habría podido encargarse de procesos importantes y hacerse un capital: pero no quiere esperar, quiere comprar una hacienda colosal, encargarse del papel de gran señor, y hacer en una palabra todo lo contrario de lo que debería hacer. Con frecuencia se me ocurre la idea de que la vida no sería tan corta si nosotros no nos empeñáramos en correr en pos de cosas quiméricas é imposibles. Estoy convencido de que Masko tiene talento y energía, pero francamente, se me figura que ahí arriba le falta algo.

Bigiel acompañaba esas palabras llevándose expresivamente la mano á la cabeza.

Entre tanto Masko estaba en la cama apretando los dientes, porque la herida le hacía sufrir de un modo atroz. Aquella noche se desmayó dos veces mientras Polaniecki estaba con él. Cuando el médico le hubo curado de nuevo, pasó unos instantes sosegado, como meditabundo y luego dijo volviéndose á su amiga:

—No puedo quejarme de la fortuna: me veo insultado, herido y arruinado de un solo golpe.

—Esta no es la ocasión más oportuna para pensar en estas cosas,—respondió Polaniecki.

Masko dió con la mano un golpe en la almohada y quejándose con fuerza á impulsos del dolor continuó:

—No me vengas á dar más tormentos. Es la última vez que hablo á un hombre como es debido. De aquí á ocho ó quince días perteneceré á esta

categoría de personas, cuya presencia se procura evitar... ¿Qué me importa la herida? En medio de esta ruina completa, lo que se me hace más insoportable es el convencimiento de que un estúpido cualquiera podrá decir: «Hace tiempo que lo había previsto.» Sí, todos prevenen las cosas cuando ya han sucedido.

Polaniecki pensó involuntariamente en las palabras de Bigiel, y Masko prosiguió, como si quisiera poner de relieve aquellas palabras:

—Tú te figuras que yo había querido atreverme demasiado, que había tratado de ser más de lo que soy. Habré obrado neciamente, pero eso no quita que sin aquel loco, sin este duelo, yo habría logrado mi objeto. Si me hubiese contentado con ser un simple abogado, jamás me habría podido casar con la señorita Kraslavski. Aquí entre nosotros te diré que conviene ser algo comediante. Tú no conoces á aquellas mujeres. A falta de partido mejor, y solo porque no podían echarle en cara cosa alguna al señor Masko, es por lo que se decidieron á aceptarme. Pero, en cuanto haya perdido mi posición ya verás como renegarán despiadadamente de mí, y huirán de mí como de un leproso, lanzando invectivas contra mi memoria para que el mundo se ponga de su parte. La señorita Kraslavski no es Marina.

Un largo silencio sucedió á estas palabras, silencio que interrumpió el mismo Masko, prosiguiendo:

—Esta me habría podido salvar. Me había enamorado de ella como un escolar, más ella prefirió la lucha contigo que el amor conmigo. Es inútil pensar en ella.

—No comprendo,—dijo Polaniecki con cierta impaciencia;—como un hombre de tu energía lo pueda considerar perdido todo. Estás derrotado, te han herido, es muy cierto; pero dentro de ocho días estarás bueno y sano, y por otra parte tu novia no ha declarado aún que quiera acabar contigo. En vez de desesperarte, la deberías advertir de lo que ha pasado. ¿Quieres que vaya yo mañana á verla? Después ella hará lo que quiera, pero á lo menos habrá sabido la verdad de boca de un testigo, en vez de saberlo por boca de algún chismoso parlanchín.

Masko reflexionó un instante y luego contestó:

—Quería escribir á mi novia; pero creo que será mejor que vayas tú directamente. Te agradezco la oferta... Nada le digas de mis apuros... Respecto á la venta del bosque, hazla creer que yo había consentido en ella para complacerte. No se te olvide decirle que Gatovski me ha pedido perdón.

—Pues hasta la vista.

—Adiós: te vuelvo á dar las gracias.

—Adiós y descansar.

Polaniecki salió. Y mientras se alejaba iba pensando en Masko.

No tiene nada de romántico,—decía para sí,—y sin embargo siente mucho. Realmente estaba enamorado de Marina, y con ésta pagó su tributo al romanticismo. Lo cual no impide que un mes más tarde, le hiciese la corte á otra y se la hiciese por interés.

—¡Bah! yo no comprendo estas cosas y no creo en una pasión que se extingue tan deprisa.

Al llegar á su casa encontróse con una carta de

Bukacki y un billete de Marina: ésta última le pedía noticias del resultado del duelo y le rogaba que le mandara esas noticias á la mañana siguiente temprano.

Escribió en seguida la contestación á este billete, y luego abrió la carta de Bukacki. Este escribía lo que sigue:

«Sakya-Muni y la bendita Nirwana, puedan conservarte en su gracia. Dile al señor Hatzlaner que no me envíe á Florencia los tres mil rublos, sino que los guarde á mi disposición. En estos últimos días he decidido hacerme vegetariano. Si se realiza esta decisión mía y mis fuerzas me lo permiten, habré dejado de ser un sucio antropófago. Lo cual además, hará que sean menores mis gastos.

»He descubierto el porqué los esclavos tienen disposiciones para la síntesis y no las tienen para el análisis: es porque son perezosos y el análisis lleva consigo un trabajo fatigoso. El sintetizar es cosa fácil, sobre todo después de comer y con el cigarro en la boca. Aquí en Florencia hace calor, sobre todo en el Lungarno. Trate de explicarme la escuela florentina por el método sintético.

»En Varsovia experimenté profundo dolor por la muerte de la pobre Litka, y aquí tampoco la puedo olvidar. ¡Qué locura es todo esto! ¿Qué hace la señora Emilia? A todo ser humano le está predestinado su papel, y el papel que le tocó á ella fué el de angel adolorido. ¿Por qué fué tan altruista y virtuosa? A no ser así, habría podido llevar una vida alegre y agradable.

»En cuanto á tí, hombre, una cosa sola te encomiendo. Te conjuro á que no te cases. Considera

que si te casas, tendrás un hijo por el cual te volverás loco trabajando, para crearle una posición ó para hacer de él... ¿qué? Para hacer de él un hombre como yo, una persona excelente, eso sí, pero atormentada sin cesar por las dudas que le vuelven loco. Hombre enérgico y activo, te saludo. A tí, negocio personificado, á tí compañero inteligente, á tí incansable trabajador, te saludo.

»Abraza en mi nombre á Varcovski. También este es sintético.

»Que Sakia-Muni pueda iluminar tu mente para que reconozcas que al sol hace calor y que á la sombra hace fresco, y que se está mejor sentado que de pie.

»Siempre tuyo,

»BUKACKI.»

—¡Vaya un loco!—se dijo Polaniecki.

Y luego, volviendo á leer aquella parte de la carta que más le interesaba, murmuró:

—Pues, sí señor, mi querido joven, me caso, y me caso con la señorita Marina Plavicki; ¿lo tienes entendido? Crearé una posición y, si tengo un hijo, haré de él un hombre fuerte y activo, y no un hombre como tú, ¿comprendes?

Aquella misma noche, rompió el primer billete que había escrito á Marina y le escribió otro, concebido en estos términos:

«*Estimada señorita.*

»Masko está ligeramente herido. Su adversario le pidió perdón sobre el terreno y la cosa no tendrá consecuencias. Hoy no he podido ir á su casa; pero

mañana, si usted me lo permite, iré para besar sus adoradas manos.

»POLANIECKI.»

Terminada la carta, consultó el reloj, y viendo que eran las once, mandó al criado que la llevara inmediatamente á su destino.

—Extraña cosa sería,—dijo,—que no acertase ella el objeto de mi visita de mañana.

XXVI

La señora Kraslavski recibió á Estanislao Polaniecki sin ocultar la extrañeza que le producía aquella visita inesperada. El joven entró desde luego en el asunto y le puso al corriente de lo acaecido, procurando presentar bajo buen aspecto la conducta de Masko. Cuando hubo terminado, la señora contestó:

—En todo esto hay algo que no aparece bastante claro; así es que no comprendo por qué el señor Masko ha de haber vendido el bosque, que era lo que embellecía Kerzemien.

—El bosque estaba demasiado lejos de la casa,—replicó Polaniecki,—hacia demasiada sombra con gran perjuicio para el cultivo, y Masko, como hombre práctico se deshizo de él. A más de eso, debo confesaros que yo tengo algo de culpa. Como negociante en maderas, me convenía aquel bosque, y Masko, obedeciendo á un sentimiento de amistad, me lo ha vendido.

—No comprendo, entonces, por qué aquel joven...

—Usted conoce al consejero Yamiz,—interrumpió Polaniecki;—pues ese señor le dirá que aquel joven es un loco, y que como tal se le conoce en todo el país.

—Siendo así, no había necesidad de que el señor Masko se batiera con él.

—Señora,—objetó Polaniecki que empezaba á perder la paciencia,—en estos asuntos vuestras ideas son muy diferentes de las nuestras.

—Hágame usted el obsequio de aguardarse un momento; quiero hablar con mi hija.

Polaniecki quedó solo, esperó durante un breve espacio de tiempo, al cabo del cual comparecieron la madre y la hija.

La señorita iba vestida de blanco con marinera. Aún cuando tenía los ojos algo encarnados, y su peinado estuviera algo descuidado, á Polaniecki no le pareció fea. No se leía conmoción alguna en su semblante.

Después de haber saludado á Polaniecki con aire tranquilo é indiferente, dijo:

—Le ruego á usted que diga al señor Masko que la noticia de su duelo me ha asustado y conmovido. ¿La herida es verdaderamente ligera?

—Sí, señorita.

—He pedido á mi mamá que fuera á verle. Yo la acompañaré y esperaré abajo en el coche las noticias que ella me traiga. Cada día haré lo mismo, hasta que esté completamente restablecido.

Un ligero rubor, apenas perceptible, cubría el rostro de la señorita. Polaniecki, que no esperaba estas palabras, la miró lleno de asombro. En aquel momento, casi le parecía hermosa, y cuando se ale-